

# LA CULTURA PURHÉ

## II COLOQUIO DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA REGIONALES



**Fuentes e historia**

Francisco Miranda,  
editor

COLEGIO DE MICHOACAN

FONDO PARA ACTIVIDADES SOCIALES Y CULTURALES DE MICHOACAN  
(FONAPAS MICHOACAN)

# **LA CULTURA PURHÉ**

## **II COLOQUIO DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA REGIONALES**

### **Fuentes e Historia**

**Francisco Miranda**

Compilador

**14 al 16 de agosto de 1980 - Zamora, Mich.**

**COLEGIO DE MICHOACAN  
FONDO PARA ACTIVIDADES SOCIALES Y CULTURALES DE MICHOACAN  
(FONAPAS MICHOACAN)**

# Sumario

<b>1. Programa, instituciones participantes, crónica</b>	<b>1</b>
<i>Francisco Miranda</i>	
<b>2. Las exploraciones arqueológicas en el área tarasca</b>	<b>15</b>
<i>Otto Schöndube, Marcia Castro Leal, comentarista; Alvaro Ochoa, relator</i>	
<b>3. La Relación de Michoacán y otras fuentes para la historia prehispánica de la cultura purhépecha</b>	<b>31</b>
<i>Francisco Miranda, Jemia Le Clezio, comentaristas</i>	
<b>4. Viaje a las crónicas monásticas de Michoacán en busca de los purhépecha</b>	<b>49</b>
<i>Luis González, J. Benedict, Warren y Delfina López Sarrelangue, comentaristas</i>	
<b>5. La cultura purhépecha en la historiografía posterior a la independencia</b>	<b>75</b>
<i>Xavier Tavera Alfaro</i>	
<b>6. Escritos y fuentes de la lengua purhépecha</b>	<b>83</b>
<i>Ireneo Rojas Hernández, J.M.G. Le Clezio, comentarista</i>	
<b>7. Fuentes de la investigación etnomusicológica en Michoacán</b>	<b>97</b>
<i>J. Arturo Chamorro, Catalina Velázquez Morales, relator</i>	
<b>8. Fuentes y datos para el estudio de la medicina purhépecha</b>	<b>121</b>
<i>Arturo Argueta y equipo de medicina tradicional, Yolanda Alaniz, relator</i>	
<b>9. La visión del mundo y de la vida entre los purhépecha</b>	<b>143</b>
<i>Agustín Jacinto Zavala</i>	
<b>10. La muerte en el imperio tarasco vista a través de la Relación de Michoacán</b>	<b>159</b>
<i>Juan Pedro Viqueira</i>	

11. **Las fronteras surorientales del imperio purhépecha** 173  
*Guillermo Martínez*
12. **El caso de la hacienda de Buenavista y Cumuato vs. la comunidad e indígenas de Pajacuarán** 179  
*Heriberto Moreno García, Beatriz Rojas, comentarista*
13. **Tenencia y explotación de la tierra en el Michoacán prehispánico, trabajo compesino entre los tarascos** 201  
*Gerardo Sánchez Díaz*
14. **Transferencia de excedentes a los evangelizadores a través de los cargos religiosos en el sistema tradicional de las comunidades indígenas** 211  
*Catalina Velázquez Morales, Ma. del Carmen Díaz Mendoza, comentarista; Lucila del Carmen León Velasco, relator*
15. **Las cofradías hospitalarias en la formación de la conciencia comunitaria** 225  
*Josefina Muriel*
16. **Los religioneros michoacanos** 237  
*Alvaro Ochoa*
17. **La segunda (cristiada) en Michoacán** 245  
*Jean Meyer*
18. **Algunas proposiciones para el estudio de estructuras sociales en la meseta tarasca** 277  
*Patrick Pasquier*

**La Relación de Michoacán  
y otras fuentes para la  
historia prehispánica de la  
cultura purhépecha**

---

**Por Francisco Miranda**  
**El Colegio de Michoacán**

Desde que en 1946 la Sociedad Mexicana de Antropología, en su IV Reunión de Mesa Redonda, se ocupó de lo relativo al Occidente de México, no tenemos noticia de que los temas de este rumbo hayan logrado reunir tal grupo de personas, en número y calidad, como los que se han dado cita en esta ciudad de Zamora, para asistir a este Coloquio de Antropología e Historia Regionales que, por segunda vez, organiza el Colegio de Michoacán para dedicarse durante tres días al estudio de la cultura purhé: Sus fuentes, su historia y de los temas de antropología social dentro del área tarasca o, como ahora hemos preferido llamarla, purhépecha.

Entre las aportaciones que se hacen a este Coloquio hay que señalar la presentación por parte de la casa Fimax Publicistas de una nueva edición de *La Relación de Michoacán* realizada en la Ciudad de Morelia (que cumple 400 años de haberse convertido en la sede episcopal de Michoacán suplantando en forma sucesiva a Tzintzuntzan y a Pátzcuaro) como había sido realizada la segunda edición de nuestro documento a principios de siglo.

Las novedades de esta nueva edición, que la justifican, son: una nueva versión paleográfica, que era indispensable para lograr una modernización del idioma; el ordenamiento coloquial pedido por el texto, y la separación con distinta letra del texto del cronista y aquel de los informantes, dejando también señaladas las voces indígenas que ocurren a través de *La Relación*, en el idioma de Michoacán. A esto se agrega la publicación de las láminas del códice original, a colores.

No me toca a mí, que tengo mucha culpa en la nueva edición, subrayar los logros ni excusar los indudables defectos que sin duda la crítica positiva ayudará a corregir en lo futuro. De lo que sí estamos seguros es de haber logrado una edición de *La Relación* fidedigna, de fácil manejo y de agradable lectura que ayudará al avance de los estudios sobre la cultura purhé.

A pesar del uso y abuso que se ha hecho de este manuscrito, que redactara en la Ciudad de Tzintzuntzan el franciscano fray Jerónimo de Alcalá, alrededor de 1540, sigue siendo un filón inagotable de noticias sobre la antigüedad prehispánica de Michoacán, según el esquema que el fraile se

propuso desarrollar y del que nos habla en el prólogo introductorio. Lástima que no haya sido posible hasta ahora recuperar la primera parte perdida del texto, cuyo original se conserva en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, en España.

De *La Relación* sabemos que es un informe que el virrey don Antonio de Mendoza encargó a un fraile franciscano residente en el monasterio de Tzintzuntzan, siendo fray Jerónimo de Alcalá el nombre más seguro de ese recopilador que quiso permanecer anónimo. El gobernador pedía información sobre la manera antigua de gobernarse que tenían los indios antes de la llegada de los españoles y nuestro fraile aprovechó la oportunidad que se le daba, para hablar de todo lo que había venido recogiendo sobre la cultura michoacana de antes que se conquistara la Provincia. No podía haber asunto que más gusto proporcionara al franciscano que ocuparse, ya en forma oficial, de lo que por su gusto y a su cuenta y riesgo, había venido haciendo desde su llegada a Michoacán, al parecer a principios de los treinta. A diez años de distancia había llegado a dominar la lengua purhépecha, según había demostrado en el arte o gramática de la misma que por esos años había compuesto (1) y, quizá, siendo él también el autor del Catecismo en lengua michoacana que por esos años lograba la aprobación del Consejo de Indias para que Juan Comberger lo imprimiera (2). Por los resultados, nos damos cuenta que su relación con las gentes de la ciudad capital era envidiable para cumplir lo que se le encargaba: había logrado que los ancianos le transmitieran amplia noticia de sus antiguallas, sin duda por su actitud comprensiva y su estimulante curiosidad de saber lo que había sido su religión y anterior modo de vivir. Particularmente se había construido una amistad amplia entre el fraile y el gobernador indígena don Pedro Cuinierangari, hijo él mismo de un sacerdote y hermano adoptivo del desaparecido don Francisco Tzintzincha Tangaxoan, el último Caxonci, y por otro lado detentor del gobierno de la Provincia de Michoacán en la minoridad de don Francisco y don Antonio, legítimos herederos del señorío.

Largas sesiones de trabajo: entrevistas con los informantes: recopilación de textos en lengua indígena, traducción minuciosa de los mismos, selección del material en razón de un plan bien definido, es lo que podemos adivinar detrás de nuestro manuscrito. La capacidad del recopilador y su honradez no puede menos de reconocerse, atendiendo a las condiciones difíciles en que debió trabajar, en una Provincia a medio pacificar, con gran carencia de medios y acosado por las urgencias apostólicas de su ministerio. Debe valer para Alcalá lo que Motolinía afirma de su obra como fruto de los ratos robados al sueño, agregándose a lo anterior, la prisa con que el virrey pedía a nuestro religioso la información solicitada. *La Relación* es, pues, un gran trabajo en que se hermanan la pasión, la inteligencia y la voluntad de un hombre; documento pionero de la literatura,

que nos es conocida, sobre las culturas indígenas americanas que lleva en germen, y a veces supera, los trabajos que luego desarrollarán Sahagún, Durán y otros grandes escritores de la antigüedad americana del siglo XVI.

Las tres partes de que el manuscrito se compone, nos lo dice Alcalá en el prólogo, se compusieron bajo el siguiente plan: La primera trataría del origen de las gentes de Michoacán, de los dioses que honraban y de las fiestas que les hacían; en la segunda se buscaría explicar cómo se hicieron del poder el Cazonci y los caciques que encontraron en el poder los españoles, para, finalmente, dedicar a la descripción de la forma de gobernar-se y de vivir la tercera parte, que se cierra con la historia indígena de la conquista y la ejecución del Cazonci.

Lo que hay que advertir sobre el texto que nos ha llegado, es que se trata del resumen de un amplio material recogido, de la traducción sintetizada de las informaciones de los viejos de la Ciudad de Tzintzuntzan. Con gran delicadeza busca Alcalá respetar el estilo de quienes le dan la información, aun a riesgo de que su estilo de escritor sea tachado de defectuoso tratando de traslucir el genio de la lengua purhépecha de los textos originales. Los informantes hablan, con gran libertad a través del documento, de cualquiera de los temas sobre los que se les pregunta y el fraile transcribe, sin ninguna actitud inquisitoria el pensamiento de aquellos, casi sin atreverse a anotar nada si no es aquello que ayude al lector a mejor entender lo que se le cuenta. Se agrega a texto tan notable, una serie de ilustraciones a color en que se va dando cuenta del tema que se refiere y que de por sí merecerían un estudio amplio, que hasta ahora ha faltado.

Sobre la sensatez del fraile franciscano, es de advertir que la información que nos da se la proporcionaron los estratos superiores de la sociedad purhépecha, gentes en el poder que tratan de justificarlo recurriendo a la historia, y Alcalá lo advierte expresamente (3). Los sin voz, el pueblo sencillo, los auténticos purhépecha o gente común, enmudecen y esto quizá defraude, aunque no hay engaño de parte de fray Jerónimo: en el documento se hablará de los *uacusecha* y de las otras estirpes nobles que formaban la clase dirigente de la sociedad michoacana. Por la lectura misma del documento se ve que, aún entre las clases sociales dirigentes, no todas pueden expresarse en él: la información la proporcionan los de la Ciudad de Tzintzuntzan que están a punto de perder sus prerrogativas al decidir en estos años don Vasco de Quiroga, recién consagrado obispo de Michoacán, trasladar su sede a Pátzcuaro convirtiéndola en capital de la Provincia y antagonista de Tzintzuntzan, que había sustentado el señorío en los últimos años y restituyéndole a Pátzcuaro la categoría de centro religioso, político e intelectual, volviéndola a los esplendores que había vivido en los tiempos del viejo y legendario Tariácuri.

Tratando de subrayar el significado que este documento tiene entre las fuentes tempranas de la cultura indígena, además de ser la fundamental para el estudio de la michoacana, se puede hablar de la poca influencia que pudieron tener en su redacción fray Andrés de Olmos o fray Toribio de Benavente Motolinia. Si adoptáramos una estricta perspectiva centralista *La Relación de Michoacán* se volvería inexplicable pues se produce antes de los escritos de Motolinia aunque le hayan precedido los de Olmos que como escritos pedidos no pueden aducirse como inspiradores de la obra del misionero michoacano. Volviéndonos más razonables tenemos que afirmar un clima general que comparten tanto el grupo de religiosos que trabaja en el centro de México como los que están en otras provincias. Ciertamente los escritos de unos y otros son fruto de una misma preocupación espiritual que los lleva a estudiar las culturas de los recién convertidos y les hace desear construir con ellos una iglesia renovada que se libre de los defectos de la vieja cristiandad europea. Resulta absurda la tesis de que dos o tres religiosos serían los únicos en preocuparse por este tipo de estudios y a algunos investigadores nada les resulta inteligible sin recurrir a la influencia decisiva de corrientes de pensamiento que tuvimos que haber personificado, por fuerza, Motolinia en esta primera mitad del siglo XVI o Sahagún en la segunda mitad del mismo, tal es el caso de Georges Baudot al ocuparse de *La Relación* pues forzosamente la tiene que atribuir a un íntimo amigo de fray Toribio y encuentra a fray Martín de Jesús o de la Coruña (4).

Hablando en forma muy general, quizá se podría hablar de una doble manera de actuar entre los que se dedicaron a salvarnos noticias de la antigüedad prehispánica señalando como representativos de cada una de ellas a Olmos y a Motolinia; el primero representaría al grupo de los que recogen la información con la mayor fidelidad posible y, casi sin añadirla, nos la transmiten, mientras que el segundo agruparía a quienes dan su propia reflexión sobre los materiales recogidos. Si esto fuera así, nuestro documento pertenecería más a la tendencia Olmiana que a la que encabezaría fray Toribio de Benavente, ya que Alcalá si de algo se cuida es de apropiarse, en cualquier forma, el material de otros y casi es obsesiva su preocupación por desaparecer y quedar como simple intérprete de sus informantes.

Siendo posible encontrar alguna vez la parte de *La Relación* que nos hace falta, se puede también pensar en que alguna vez aparezcan los apuntes en lengua de Michoacán donde recogió fray Jerónimo de Alcalá lo que los sacerdotes y viejos michoacanos le comunicaron y que sin duda sería uno de los monumentos más notables sobre las antigüedades americanas por lo temprano de su recopilación y por los temas tratados. Nadie le discute a Alcalá el mérito, por las obras de que tenemos noticia, de haber sido él el primero que utilizó el alfabeto castellano para dar la primera

transcripción de una lengua que según él mismo lo afirma, había carecido de “libros”, aunque ignoramos el alcance que hay que dar a esta afirmación que puede referirse exclusivamente a la carencia de códices como los usados en otras culturas americanas aunque bien pudieron haber contado con algún sistema de representación ideográfica.

EL CODEX PLANCARTE, constituye otra fuente importante de la cultura purhépecha. En este estudio de las fuentes nos hemos ocupado en forma relevante de *La Relación* por ser, no sólo el documento más importante por lo temprano de su composición y la abundancia de sus noticias, sino también por encontrar en ella el hilo conductor de las otras fuentes de que pasamos a ocuparnos. Le sigue en importancia, a nuestro entender, el manuscrito que se conoce con el nombre de *Codex Plancarte*, nombre impuesto al mismo por don Nicolás León quien lo publicara en los *Anales del Museo Michoacano* el año de 1888 (5).

El nombre de este códice quiere honrar la memoria de don Francisco Plancarte gran estudioso de la cultura purhé a finales del siglo pasado y principios de éste, quien descubrió tal documento en la comunidad de Carapan. Desde su primera publicación a nuestros días, aunque se han hecho nuevas reediciones (6) todas han sido en base a lo publicado por León habiéndose perdido el original cuyo estudio hubiera permitido una revisión de la paleografía, pues es de sospechar defectos en lo que conocemos, además de tener otros elementos que permitieran poner en mejor luz este documento que nos transmite datos valiosísimos que en algunos casos complementan noticias que nos han llegado por otros medios, agregan nuevas o dan distinta versión de temas que ya conocíamos. Sospechamos que nuestro manuscrito es un viejo título de tierras de la comunidad indígena de Carapan que además de hablarnos de los límites comunales inserta noticias de la tradición oral sobre los viejos caciques y fundadores del pueblo, emparentados con los *uacusecha* de Tzintzuntzan; al lado de las noticias históricas que nos transmite este documento se agregan datos de la teogonía y temas paralelos que le hacen imprescindible para el conocimiento de los temas fundamentales de la cultura purhépecha.

Nada sabemos del autor de este documento, aunque por las noticias que en él se registran debieron ser varios. Parte de él resulta una crónica como los Anales de Tarecuato, mientras que en otro lugar se da cuenta de la visita del gobernador don Antonio Huitzimengari a la comunidad en 1545, o bien de los sucesos del año de 1589 en que fue electo cacique del pueblo don Pablo Cuiiri. El conjunto de instrumentos que formaban el registro de propiedades de la comunidad lo constituían además de los títulos las pinturas, quizá incorporadas al mismo códice o añadiendo el lienzo de Carapan que conocemos y cuya interpretación no se ha asociado hasta ahora al *Codex Plancarte*, siendo el primer caso de una correspondencia de elementos escritos con material pictográfico, además de en *La Relación*.

Una tercera fuente escrita que, al igual de las anteriores recoge tradiciones orales, es la que hemos utilizado como apéndice I en la nueva edición de *La Relación*. El 4 de abril de 1585 el padre Francisco Ramírez, jesuita residente en Pátzcuaro, escribe un valioso documento en que relata viejas noticias sobre los asuntos indígenas de la región lacustre de Michoacán aprovechando la forma sintética de una carta para comunicarlas a sus superiores informándoles también de las labores apostólicas en que se empeñaba. En este documento se nos proporcionan noticias de la parte perdida de *La Relación*, sobre el origen del hombre y del mundo, acerca de las jerarquías de los dioses, las fiestas que les hacían, el diluvio hasta darnos noticia de los pronósticos acerca de la venida de los españoles, de la conquista y ejecución del Cazonci.

*La Relación*, el *Codex Plancarte* y la *Carta de Ramírez* son tres fuentes que guardan entre sí gran relación y que recogiendo la información de la tradición oral “in situ”, constituyen el primero y más importante grupo de fuentes para el estudio de la cultura purhépecha prehispánica.

### Los cronistas

constituyen un segundo grupo de fuentes para el estudio de esa cultura, tanto los michoacanos como aquellos que escribieron desde el ambiente mexicano. De los michoacanos nos interesan ahora dos en especial, fray Alonso de Larrea y fray Pablo de la Purísima Concepción Beaumont; Larrea adquiere para nosotros una gran significación por ser el descubridor y primer intérprete del lienzo de Jucutacato que nos relata la peregrinación de un grupo de gentes que llegaron a Michoacán para establecerse aquí; Beaumont cobra importancia por los materiales que recogió de la tradición oral y las pinturas que salvó y reprodujo en su obra. Afortunadamente sobre los cronistas michoacanos y las noticias que nos dan de la cultura purhépecha el Dr. Luis González nos dará amplia y sugestiva información en su ponencia que nos excusa de mayor abundancia. Una pregunta hacemos sobre el paradero de los documentos que Beaumont utilizó y en particular de los originales pictográficos que reproduce y que el indio Cuini le entregó pues sospechamos que los que conocemos se alejan bastante de los que él recibió, tanto más cuanto que por pinturas reproducidas por Eduard Seler que él adquirió en México, pudiera encontrarse pista para recuperar otros materiales del mismo tipo.

De los cronistas del área mexicana, a la que perteneció el territorio michoacano en un principio como parte de la diócesis de fray Juan de Zumárraga y de la Provincia Mexicana del Santo Evangelio, se pueden recoger muchas noticias sobre Michoacán, sus habitantes y su modo de vivir y esto no sólo en las crónicas religiosas sino en los escritos de muchos de los escritores del siglo XVI. Hay que notar, sin embargo, que los asuntos de

acá reciben un tratamiento tan lejano y poco detallado, además de ser meramente circunstancial, que debemos considerar esa información como condicionada al desarrollo de temas del centro. Cortés, Bernal, Motolinia, Las Casas, Zorita, Mendieta, Torquemada, Durán, Tezozomoc, Muñoz Camargo, Sahagún y otros autores del siglo XVI se llegan a referir a Michoacán pero no nos revelan un sustancial conocimiento de su cultura. Un trabajo importante sería codificar los datos que de esas fuentes podemos adquirir y cotejarlos con los que poseemos de otras más cercanas a la cultura michoacana y a su propia interpretación.

En el Congreso de historiadores mexicanos y norteamericanos celebrado en Pátzcuaro en 1977 (7) hablábamos de la urgencia de reestudiar la historia michoacana intentando metodológicamente librarnos de una interpretación que condicione todo a una visión centralizadora y de dependencia a los esquemas culturales del área náhuatl. Creemos importante insistir en ello pues es difícil superar hábitos de trabajo que todo lo han hecho depender de una visión panmexicanista y así los intentos interpretativos no logran fácilmente prescindir de seguir vaciando los materiales michoacanos en los moldes prefabricados de una cultura que ciertamente ha sido más y mejor estudiada. Allí insistíamos en la necesidad de atender, cuando se estudian dos vecinos, más a las diferencias que a las semejanzas ya que mientras éstas se explican por la natural convivencia y trato, aquéllas son claro indicio de la individualidad de quien las ha sabido conservar. Que se trata de dos culturas distintas, la misma *Relación* nos lo advierte al hablarnos de esa conciencia de autonomía y de la misma hostilidad que existía entre México y Michoacán a pesar de que los dos pueblos se creían poseedores de misiones parecidas de parte de su dios protector y estaban seguros de ser los preferidos de los dioses.

### Las fuentes pictográficas

han sido tan poco estudiadas como las crónicas mexicanas del siglo XVI, a que nos hemos referido, y lo que sabemos de ellas es fragmentario y disperso. Se podría calificar de total abandono al olvido que sufren los estudios de la pictografía michoacana siendo tarea prioritaria el establecer un catálogo de ellas. Consciente de esta carencia Fernando Horcasitas quiso ocuparse de formar el inventario cuando organizó con mi colaboración las Semanas Culturales Michoacanas que se celebraron en esta ciudad durante los años de 1967 y 1968. Tal intento no llegó a ningún resultado concreto al grado de que puede decirse que no se ha superado todavía lo que Salvador Mateos Higuera publicara en las actas de la citada IV Reunión sobre el Occidente de México (8). Allí Mateos nos hacía una descripción de los distintos códices conservados en el Museo de Antropología e Historia aunque sin adicionar su reproducción fotográ-

fica. Se ocupa allí de los códices de Jucutacato, Puácuaro, Nahuatzen, Sevina, Cuara y de los dos de Carapan, 7 en total.

De entonces acá se han seguido descubriendo nuevos documentos pictográficos cuya noticia sumada a la de otros que ya se conocían nos haría hablar ya de una veintena. Sabemos de la existencia del de Pátzcuaro, el de Aranza, Santa Fe y a ellos hay que agregar el material pictográfico de la obra de Beaumont, las láminas con que se ilustra *La Relación* y lo que sabemos que pertenece al Codex Plancarte. Cuando trabajamos materiales del Archivo de Indias nos tocó descubrir en Sevilla el escudo de la Ciudad de Tzintzuntzan totalmente distinto del que Beaumont publica y con fuerte contenido de motivos prehispánicos que incluiremos en un estudio en preparación sobre la fundación mestiza de Pátzcuaro por don Vasco de Quiroga.

Dada la urgencia de trabajar este campo de las fuentes pictográficas se ve obvia la conveniencia de lograr una publicación adecuada de esos materiales pictográficos, quizá la publicación a colores de las láminas de *La Relación* pueda tomarse como primer paso. Buscando explicación al poco avance en la interpretación de estos materiales se ocurre que quizá agrava la dificultad para emprender su estudio la casi total inexistencia de estudios del tarasco antiguo y de alguna institución que los prepare y, naturalmente, cualquiera se aleja de trabajar un material donde tarde o temprano habrá necesidad de enfrentarse a leyendas en esa lengua.

Siendo un hecho la falta de conocimiento de los códices michoacanos, dada su dispersión y poca difusión, sorprende que se hable corrientemente del escaso valor artístico de los materiales pictográficos del área tarasca, lo que consideramos también consecuencia lamentable del prejuicio. Antes de cualquier otra cosa, sabemos que el pueblo michoacano que si bien no podía al parecer presumir de los magníficos códices que nos han legado otras culturas mesoamericanas, en ninguna forma desconocía el papel y los tejidos de algodón y mucho menos el manejo de los colores que utilizaba en sus artesanías y era según la opinión de propios y extraños el maestro indiscutible en el arte de plumería. Las fechas tan tempranas de elaboración de las láminas que ilustran *La Relación* y su indiscutible calidad de colorido y diseño, nos deberían motivar a un mejor estudio de las fuentes pictográficas, indispensable para el conocimiento de la cultura purhé.

Ni como simples fuentes de información es posible prescindir de ellas puesto que generalmente fueron diseñadas para ilustrar un texto, ahora quizá perdido, en cuyo caso únicamente por ellas nos enteramos de los asuntos que las motivó y no dejan de darnos testimonio de cosas tan importantes como los estilos de habitación, vestido, adornos, implementos de trabajo, armas, alimentos, vasijas, caza, pesca, paisaje y otros muchos elementos de la cultura purhépecha. En el caso de las láminas que ilustran *La Relación* no es en ninguna forma infiel a lo que se le pedía, el dibujante

anónimo que las realizó y es él mismo informante gráfico de lo que había vivido, tiene que echar mano de su recuerdo para pintar y describir un mundo ya desaparecido en 1541, siendo de apreciar cómo logra transportarnos con tanta maestría, no ajena a la belleza, a un mundo desaparecido.

De este material pictográfico, presente en lienzos y códices, cobra singular importancia el llamado Lienzo de Jucutacato al que hemos ya aludido, pues ha tenido la fortuna de interesar a personas tan importantes en la historia michoacana y su estudio como el mencionado fray Alonso de Larrea en el siglo XVII, a Eduard Seler, Francisco del Paso y Troncoso, Nicolás León, Eduardo Ruiz, Otón de Mendizábal, Wigberto Jiménez Moreno, José Corona Núñez y otros ilustres estudiosos de las antigüedades michoacanas.

### Las relaciones geográficas

tomando ese nombre en forma genérica, constituyen otro grupo de fuentes para el estudio de la cultura purhé no sólo porque algunas de ellas adjuntaron al texto escrito materiales pictográficos, sino porque su contenido se refería a temas de la vida prehispánica, aunque en general se mantienen poco conocidas. Solicitaban las autoridades españolas informaciones sobre las culturas, las gentes y los territorios de las Indias y sobre los informes recibidos basaban la legislación que se necesitaba.

En lo relativo a Michoacán se tiene este tipo de informaciones desde tiempos bien tempranos pues apenas realizada la conquista pacífica del territorio fue enviado Antonio de Carvajal a hacer la inspección de la tierra, precioso documento que se ha localizado y publicado en forma fragmentaria. Pocos años después hará igual visita el bachiller Juan de Ortega de que nos ha legado información notable. Una de las preocupaciones de la Segunda Audiencia fue lograr una buena descripción de la tierra en la que se trabajó laboriosamente por parte de los oidores y su presidente lográndose enviar a España un precioso documento que por desgracia se ha perdido.

En este mismo género de fuentes encontramos una serie de informes eclesiásticos describiendo las parroquias y doctrinas, las lenguas que se hablaban, el número de feligreses, las distancias de un poblado a otro y el medio geográfico. Nos tocó encontrar y publicar una de ellas, rica en información sobre las lenguas que se hablaban en Michoacán a cincuenta años de la conquista, misma que publicamos como apéndice a nuestro estudio sobre Don Vasco de Quiroga y su colegio de San Nicolás y que fue hecha por el sucesor don Antonio Morales aproximadamente en 1570 (9).

Por el volumen de información que recogió y por lo amplio del territorio cubierto, vale la pena destacar las descripciones geográficas de 1579.

Ya del cuestionario que se envió a los funcionarios a quienes se pedía la información nos enteramos de la minuciosidad que se pedía en las respuestas: Desde el averiguar el significado del nombre del pueblo y la provincia, el por qué de ellos, los habitantes indios y su calidad, qué pueblos la habían habitado antes de los que actualmente vivían, quién la había fundado y gobernado, los tributos que pagaban, “las adoraciones, ritos y costumbres buenas y malas que tenían”, las guerras que habían hecho, el traje, los cultivos y mantenimientos, las enfermedades, las yerbas medicinales y útiles, los animales, los frutos, las minas, “los atramentos y colores”, las fortalezas, la calidad de la tierra, la abundancia de ríos y lagos, la pesca y la caza y muchos temas más.

Desgraciadamente también aquí nos encontramos con la imperfecta publicación de los materiales que se han dispersado y que urge poner a disposición de los investigadores para su aprovechamiento.

Hay que agregar a este género de fuentes una serie de informaciones de tipo judicial que traen abundantes datos sobre nuestro tema o bien la documentación que los funcionarios recogían para mejor información de sus superiores o la que se mandaba averiguar para el mejor gobierno de la tierra: Las instrucciones que los virreyes dejaban a sus sucesores, las informaciones sobre el gobierno de los indígenas, como la producida por el oidor Zorita o la que pretendía de fray Jerónimo de Alcalá el virrey Mendoza, las visitas de inspección como la realizada por Vasco de Quiroga a Michoacán en 1532-33 o la de Lebrón de Quiñones al mismo territorio y otras.

A la anterior lista de posibles materiales con información sobre la cultura purhé no debemos dejar de añadir los informes que sobre tributos y tasaciones se produjeron en constante revisión de los padrones de población que se veía disminuida por las pestes de estos años primeros de la colonización española. Muchos materiales sobre la cultura indígena han quedado sepultados en procesos y pleitos de los pueblos indígenas, de éstos con las autoridades y encomenderos, con los curas y religiosos o bien en alegatos de jurisdicciones civiles y eclesiásticas, todos ellos materiales que pueden ofrecer posibilidades de encontrar datos importantes sobre distintos aspectos de la cultura indígena en el Michoacán prehispánico. No se deben omitir en esta búsqueda de información los tempranos procesos por idolatría que se siguieron contra algunos de los caciques y principales y en especial lo que se refiere a las acusaciones contra el Cazonci y su proceso.

### **Los diccionarios y gramáticas**

constituyen de por sí una importante serie de fuentes sobre la cultura purhé ya que a través de todo el siglo XVI y en general durante la época colonial se siguen manejando y elaborando. Muchos de ellos llegaron a

imprimirse llegándonos en reducidos ejemplares mientras otros que también sabemos se imprimieron han desaparecido por completo, habiendo quedado un buen número inédito. Por ellos se puede llegar al estudio de las voces que se fueron usando, a la manera de manejar los conceptos y a la misma estructura de la lengua, todos asuntos que resultan indispensables para adelantar en el conocimiento profundo de la cultura que nos ocupa.

Se conocen hasta ahora las obras de los lingüistas Maturino Gilberti y del padre fray Juan Bautista de Lagunas, de fray Diego de Basalenque para el siglo XVII. Han quedado noticias de otros trabajos como la mencionada obra del padre Alcalá que debió haber sido el primer arte de la lengua, no sabemos además nada de lo que debió haber producido ese centro de intercambio lingüístico que fue el Colegio de San Nicolás de Pátzcuaro, donde sabemos que estuvieron maestros como Francisco de la Cerda o Joaquín Gutiérrez cuya capacidad y dominio del purhépecha era notable aunque ciertamente no sabemos hayan llegado a forjar obra escrita a pesar de que sabemos que se les entregaban obras para que ellos dieran su opinión en el bien o mal usar del idioma y el manejo de los conceptos en él expresados.

El Dr. Benedict Warren ha emprendido la tarea de reeditar algunos de estos materiales. Su localización, estudio y edición será sin duda una de las tareas urgentes que hay que emprender y que ayudará en forma sustancial al avance de los estudios sobre la lengua, que son parte esencial del conocimiento de la cultura.

Quizá haya que asociar a este tipo de fuentes los libros en lengua purhé, muchos de ellos sermonarios y obras espirituales, unos impresos y otros inéditos que han sido casi olvidados al grado que hay que empezar por su localización y catalogación. Sin embargo para empezar a manejar en serio estos materiales hace falta pensar en formar a los lingüistas que sean capaces de abordar su estudio en un centro de investigaciones que trabajara sobre el tarasco antiguo así como se tiene en la Universidad Nacional Autónoma de México un centro de estudios nahuas y otro que se ocupa de los estudios Maya.

Cabe recordar aquí que algunos indígenas, nos consta de don Antonio Huitzimengari, aprendieron la lengua castellana para aprovecharse de ella y poder escribir en ella o en la suya propia y así instruir en las cosas de la fe a sus propios hermanos redactando obras de edificación. Nada sabemos del resultado práctico de tales propósitos. Si, como en el caso de Huitzimengari, pudiéramos alguna vez dar con alguna de sus obras tendríamos en ella un buen ejemplo de ese penetrar en la mentalidad indígena de la primera generación los conceptos de la nueva religión y de la nueva cultura.

Noticias sobre los aspectos del pensamiento, forma de ser y costumbres

de los michoacanos nos han quedado dispersas en obras como la de fray Alonso de la Veracruz, *Speculum Coniugorum*, donde el fraile agustino que residió muchos años en Michoacán trató de ilustrar el tema de los matrimonios con las experiencias que conocía de sus años de apostolado entre los purhépecha. Incluso en obras aparentemente extrañas al asunto michoacano, como la *Información en Derecho* de Vasco de Quiroga han salvado pequeñas partes que son significativas sobre el arte de la elocuencia que se practicaba entre los michoacanos, de la que es hermosa muestra la misma *Relación* en algunos de sus pasajes.

### La tradición oral

no puede ser uno de los capítulos menos importantes en este recorrido de las fuentes para el estudio de la cultura purhépecha pues no podemos olvidar que la mayor parte de *La Relación* lo constituye la tradición oral que el fraile franciscano recoge para entregárnosla. Este estilo de información ha seguido cultivándose entre los descendientes de los indígenas que gustan de entretener mucho de su tiempo recordando hechos pasados y transmitiéndolos de una generación a otra. En la antigüedad había la costumbre, así se nos dice en *La Relación*, que cada año el Sacerdote Mayor y otros sacerdotes delegados suyos se repartían por toda la Provincia y en un día prefijado y durante todo él, en que ni se comía ni se bebía, se dedicaban todos, caciques y pueblo, a oír la relación de los hechos pasados de su pueblo.

Por tradición oral se recuperan durante el siglo XVI muchísimos materiales de que nos hemos ocupado pues muchas de las fuentes que hemos estudiado son recopilación de esa tradición oral que será aprovechada también en fuentes posteriores por quienes desean averiguar los temas de la vieja cultura y explicarse las formas culturales y el significado de lo que observan en las costumbres de los pueblos indígenas purhépecha. Hasta nuestros días se puede asegurar que los grandes recopiladores de tradición oral han seguido descubriendo los grandes filones que esta cultura de tan arraigada tradición oral puede ofrecerles. Por señalar algunos de los temas que podrían investigarse con fruto bastaría fijar la atención en los relatos de los viejos sobre el origen de los pueblos, los cuentos y los sueños, materiales todos que urge rescatar pues quizá como nunca la historia oral está amenazada por la invasión de la radio, la televisión, el cine y otros medios modernos de entretenimiento que vienen a restar público y paz a los narradores profesionales que necesitan un auditorio que sea capaz de servir de eslabón en la larga cadena de la que dependen. Junto a las narraciones tradicionales se encuentran narraciones de sucesos recientes y ese contar de los sueños que ha sido tema tan importante de la cultura indígena.

Hay que advertir que algunas de las obras que dicen recoger las tradiciones indígenas hay que manejarlas con gran prudencia, pues muchas veces sus autores dan rienda suelta a su propia imaginación y aprovechan para dar tono de respetabilidad a sus escritos el atribuirlos a lo que ellos recogieron de los viejos de la comunidad. Queremos detenernos a examinar la obra del licenciado don Eduardo Ruiz que a finales del siglo pasado nos entregaba su *Michoacán, paisajes, tradiciones y leyendas*. Si alguien leyendo el prólogo lo tomara al pie de la letra juraría encontrarse con la más pura de las recopilaciones de la tradición oral pues Don Eduardo nos cuenta cómo nació su obra: “El señor mi padre D. Toribio Ruiz, tenía empeño y gusto en hablarme de las antiguas tradiciones de los indios, de sus costumbres, de la religión de sus antepasados y de la naturaleza e índole de su elegante y poético idioma. Cuando él vivía procuraba de tiempo en tiempo congregar a su lado a los señores don Martín Cano y a don Florentino Martínez, todos ellos, lo mismo que el señor mi padre, originarios de Paracho (Michoacán), cabecera de la Sierra. Eran estas reuniones verdaderas academias en que se estudiaba el tarasco, con relación a su pueblo; y los señores expresados, personas instruidas en la materia, eran indígenas de sangre pura y entusiastas por esa clase de trabajos. Yo asistía a la conferencia como simple oyente, siendo joven. Allí aprendí muchas cosas y oí muchas tradiciones que ahora me han servido” (10). Sin embargo al analizar su obra resulta una mezcla de lo que posiblemente oyó de sus mayores pero revuelto con sus pininos de erudito y sus ansias de prosista elegante y poeta romántico, dedicándose a crearnos una serie de nuevos mitos de héroes que han dado pie a una moderna mitología tarasca.

Muy parecidos resultados consiguen letrados de las pequeñas comunidades que habiéndose interesado por las antigüedades indígenas han tenido acceso a *La Relación* y a las crónicas religiosas, se inspiran en ellas para darnos nuevas versiones de los temas que allí han leído, buscando afianzar sus creaciones en relatarnos cómo el último viejo superviviente de la casta sacerdotal prehispánica les confió los secretos de la tradición oral.

Advertía Fernando Horcasitas hace algunos años, en conferencia sobre el tema de la literatura purhépecha no escrita, de esa necesidad que tenemos todos los que nos interesamos por esta cultura de abrir los sentidos para no dejar que se nos escapen los últimos vestigios todavía recuperables de una cultura que va perdiendo sus hablantes y cómo, de lo que todavía esos sobrevivientes nos conservan, es posible reconstruir una imagen que tendría inestimable valor.

Alguna vez soñé con poder contribuir al salvamento de muchos valores lingüísticos y culturales de la región indígena de Michoacán y con algunos amigos discutía la idea de echar a andar una *Academia* de hablantes purhépecha. En cada comunidad hay siempre alguien a quien todos distinguen por su sensatez, sus conocimientos generales acerca de las costumbres del

pueblo, su mejor conocimiento de la lengua, la elegancia en hablarla y su don de consejo en asuntos delicados. En las distintas comunidades que conozco siempre se encuentra la presencia de estos maestros natos del idioma y de la cultura ¿por qué pues no favorecer una vez al año la reunión de quince o veinte delegados de comunidades diversas, tanto del área lacustre como serrana, para que se ocupen de charlar en su idioma sobre temas que les interesen? El costo de tales encuentros sería relativamente pequeño: Hospedaje, alimentación, pasaje y una pequeña ayuda a manera de diario que sirviera para dejarlo a sus familias para los gastos durante su ausencia que podría ser de varios días. El grupo conservaría sus derechos sobre lo que de su intercambio se produjera y se volvería quizá a repetir lo que un fraile llamado Jerónimo de Alcalá logró con la colaboración de un grupo de hombres sabios que le hablaron sobre la historia de su comunidad y de su modo de vivir.

## NOTAS

Warren, J. Benedict, Fray Jerónimo de Alcalá: Author of the *Relación de Michoacán* in *The Americas*, v. XXVII, n. 3, 1971, pp. 321-325.

(2) Ibid. p. 326.

(3) Alcalá, fray Jerónimo de, *La Relación de Michoacán*, Morelia, 1980, p. 20.

(4) Baudot, Georges, *Utopie et histoire au Mexique*, Toulouse, 1977, pp. 387-429.

(5) León, Nicolás, *Anales del Museo Michoacano*, Morelia, 1888, pp. 43-61.

(6) Conocemos la que hizo Edmundo Aviña Levy reproduciendo los primeros números de los *Anales* y la del profesor José Corona Núñez en el *Anuario 3* de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana, 1978.

(7) Miranda, Francisco, Perspectivas y problemas de la historiografía michoacana en *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, México, 1979, pp. 818-822.

(8) Mateos Higuera, Salvador, La pictografía tarasca en *Cuarta reunión de Mesa Redonda El Occidente de México*, México 1947, pp. 160-174.

(9) Miranda, Francisco, *Don Vasco de Quiroga y su colegio de San Nicolás*, Morelia 1972, pp. 304-315.

(10) Ruiz, Eduardo, *Michoacán, paisajes, tradiciones y leyendas*, México 1891, pp. 6-7.